

una ciudad entre dos océanos

Lo mismo no se vive igual

10.05.2026

Noelia Pajón



Hay algo que suele pasar cuando hablamos de cultura: creemos que estamos compartiendo la misma experiencia. Que una escena nos impacta a todos por igual, que una canción emociona en el mismo momento, que una obra se presenta igual para quienes están ahí. Pero no siempre es así. Porque incluso en ese mismo lugar, al mismo tiempo, lo mismo no se vive igual. Y no como error ni como algo que falta, sino como parte de la experiencia.

Hay algo compartido, sí. El espacio, el tiempo, esa obra que está ocurriendo. Pero lo que cada persona registra de eso, lo que le queda, lo que la atraviesa, nunca es idéntico. A veces la diferencia es mínima. Otras veces, cambia por completo la forma en que esa obra existe.

En algunos recitales, por ejemplo, la música no pasa solo por el sonido. También se vuelve vibración. Hay dispositivos que traducen el ritmo en impulsos físicos, superficies que reaccionan, estructuras que permiten sentir lo que está sonando. Para muchas personas sordas, eso no reemplaza la música: la vuelve otra cosa. Mientras alguien sigue la melodía, otra persona sigue el pulso en el cuerpo. No es mejor ni peor, no es más completo ni más limitado. Es distinto. Y esa diferencia no rompe lo compartido, lo amplía. Hace que esa misma canción tenga más de una forma de existir al mismo tiempo.

En un museo pasa algo similar, aunque de manera más silenciosa. Cuando una obra se acompaña con una audiodescripción trabajada desde lo narrativo, no solo se explica lo que se ve: se construye una escena. La imagen deja de ser solo algo que está ahí para convertirse en algo que sucede. Quien mira directamente puede recorrerla a su manera, detenerse en lo que le llama la atención, armar su propio recorrido visual. Quien accede desde la palabra, en cambio, la reconstruye. La imagina. La completa. Son caminos distintos hacia una misma obra, y en ese recorrido lo que aparece no siempre coincide. Pero eso no significa que alguien esté más cerca que otro, sino que la obra está siendo vivida de más de una forma.

A veces, incluso, esas formas se cruzan de maneras inesperadas. Hay personas que, aun pudiendo ver, prefieren cerrar los ojos en una sala y escuchar la descripción. O recorrer una muestra desde el audio antes que desde la imagen. No porque lo necesiten, sino porque encuentran otra forma de entrar a la obra. Ahí la accesibilidad deja de ser solo una herramienta y empieza a ser también una posibilidad estética.

En el cine, estas diferencias a veces son más sutiles, pero no por eso menos importantes. Hay sonidos, climas o tensiones que no siempre se traducen por completo. Algunas personas los perciben desde el audio, otras desde lo visual, otras desde el ritmo de las escenas. Hay momentos donde la música anticipa algo que todavía no pasó, o donde un silencio pesa más que cualquier diálogo. Para quien no accede a esa capa sonora, la escena sigue estando, pero se organiza de otra manera. No pierde sentido, cambia su forma.

Y ahí aparece algo que no siempre se dice: muchas veces damos por hecho que hay una experiencia "completa" y otras que se acercan más o menos a ella. Pero cuando se mira de cerca, esa idea empieza a desarmarse. Porque no hay una única forma de completar una obra. Hay múltiples formas de recorrerla, y cada una construye su propio sentido.

Durante mucho tiempo, la accesibilidad se pensó como una forma de acercar a todos a una misma experiencia, y sigue siendo fundamental. Sin esas herramientas, directamente hay personas que quedan afuera. Pero quizás también haya algo más para mirar: no solo cómo llegar a la obra, sino cómo cada persona la vive una vez que está ahí. Porque incluso cuando todo está pensado para incluir, la experiencia no se vuelve única, sigue siendo múltiple.

Aceptar eso implica correrse un poco de la idea de corrección. De pensar que hay algo que ajustar para que todo coincida. Implica, en cambio, abrir la posibilidad de que la diferencia no sea un problema, sino parte de lo que enriquece la experiencia cultural.

Tal vez por eso la pregunta ya no sea si todos estamos viendo lo mismo, sino si podemos aceptar que no. Que una misma obra puede generar recorridos distintos, emociones distintas, lecturas que no coinciden del todo. Que alguien puede salir profundamente movilizado por algo que otra persona apenas registró. Y que ambas experiencias son válidas, aunque no se parezcan.

También implica aceptar algo más incómodo: que siempre hay partes de la obra que no estamos percibiendo. No porque nos falte algo, sino porque ninguna experiencia puede abarcarlo todo. Siempre hay algo que queda fuera, algo que otro sí registra, algo que aparece desde otro lugar.

Quizás ahí haya algo para repensar. Que la cultura no sea solamente ese punto en común que compartimos, sino también ese espacio donde las diferencias no necesitan corregirse, donde cada forma de percibir suma en lugar de desarmar. Donde una obra no se cierra en una única lectura, sino que se expande en cada persona que la atraviesa.

Y donde, finalmente, no hace falta vivir lo mismo para estar viviendo algo juntos.



Noelia Pajón

Hashtag Sumaj →
